

infame !... Nada es capaz de avivar en ellas una chispa de fé, nada puede sacudir su entorpecimiento, ni siquiera el terror de los juicios de Dios, ni aun los golfos del infierno, abiertos ya para recibir á los desventurados lujuriosos.

PERORACION. — Así pues, hermanos carísimos, obstinacion ó endurecimiento, pérdida de la Fé, olvido de Dios, perturbacion en las familias, deshonor, tales son los efectos ordinarios que produce el vicio prohibido por el sexto mandamiento de la Ley de Dios... ¡ Cuán diversos son tus frutos, ó noble y santa virtud de la castidad ! Por tí la paz y la concordia florecen en las familias ; tú estrechas los vínculos, con que están unidos los esposos, tu realzas su amor mútuo con algo de mas respetuoso y tierno... Tu cres la cualidad mas preciosa de un mancebo y pones sobre su frente una diadema de hermosura, de mansedumbre y de nobleza... Tu eres el mas bello ornamento de una doncella y su mas rico dote ; por tí brilla ella como un lirio, majestuoso y odórifero en los jardines del Señor. Esforcémonos, hermanos carísimos, en adquirir y conservar esta santa virtud, la que nos procurará aquí en la tierra la paz del corazon y las mas dulces satisfacciones ; y despues nos hará dignos de ser asociados un día á las almas puras que en medio de las delicias del Paraíso bendecirán eternamente al Dios tres veces santo.. Asi sea.

INSTRUCCION CUADRAGÉSIMA SEGUNDA.

SEXTO MANDAMIENTO.

CUARTA INSTRUCCION.

REMEDIOS CONTRA LA IMPUREZA : RECHAZAR LOS MALOS PENSAMIENTOS ; HUIR LAS OCASIONES PELIGROSAS ; FRECUENTAR LOS SACRAMENTOS.

TEXTO. — *Non mœchaberis.* No fornicarás.

(Exod. XX, 14).

EXORDIO. — Hermanos carísimos, al hablaros de la gravedad del vicio deshonesto, os indiqué ya de paso algo de la severidad con que Dios lo castiga y lo ha castigado. Sin duda no habréis olvidado que el diluvio universal fué el castigo de la corrupcion del género humano ; que Sodoma y otras ciudades comarcanas debieron su perpetua desaparicion y completo aniquilamiento á los infames excesos, á que vivían entregados sus moradores. Sobre todo os recordaréis del adorable Jesús que con su desnudez é indecibles tormentos tuvo que expiar sobre el Calvario tantas y tan criminales indecencias, como han cometido y cometen los hombres. Sin embargo, he pasado por alto una bella comparacion, por la que S. Agustin pone de manifiesto la fealdad de la impureza y hace en cierta manera sensible el ultrage que este vicio infiere al Dueño soberano que nos ha criado á su imágen... Héla aqui la tal comparacion.

« Si alguien, dice el santo ¹, fuese tan imprudente, que se atreviese á cubrir de lodo é inmundicia el retrato de un príncipe, rey ó emperador, ¿ no se haría el tal muy culpable para con el príncipe ? ¿ Os causaria sorpresa alguna ver á ese insolente preso, ma-

1. Lib. I. *De decem chordis.*

niatado, entregado á la justicia y condenado á un suplicio riguroso?... Y vosotras, almas criadas á imágen de Dios, vosotras, que sois su vivo retrato y llevais impresa en vuestra frente su semejanza, ¿ os creeréis no hacer grave injuria á ese vuestro supremo Dueño, cuando os manchais con pensamientos, con deseos y con acciones infames?... » Podríamos todavía añadir que nuestros cuerpos son miembros de Jesucristo, y con ese vicio innoble deshonramos estos miembros... Por medio del santo Bautismo nuestros cuerpos fueron hechos templos vivos del Espíritu Santo; es el mismo S. Pablo quien nos enseña esta verdad; pues bien, la impureza es la profanacion de ese templo. Por la santa Comunión, — y aquí no hablo con paganos, ni protestantes, sino con cristianos, — por consiguiente todos hemos comulgado alguna vez; por la Comunión, pues, repito, nuestro corazón fué escogido por Jesucristo para santuario de su morada. ¿ Y qué hace ese asqueroso vicio, sino contaminar y ensuciar ese santuario? ¿ Qué sentiríais vosotros, si esta iglesia, en la que habeis sido bautizados y habeis hecho vuestra primera comunión, ó en donde habeis tantas veces orado, quedara trasformada en un vil establo y en revolcadero de animales inmundos?... Os horroriza este pensamiento: no es verdad? Pues, mira, cristiano, mira, alma consagrada á Dios por tu bautismo, en que vienes á parar y el espectáculo que ofreces á los ángeles, cuando el demonio de la impureza ha llegado á apoderarse de tí!... Deleytes vergonzosos, viles pensamientos han reemplado en tí las dulces y suaves aspiraciones de la virtud...

PROPOSICION. — Siendo, pues, tan funesta esta pasión, me parece necesario, hermanos carísimos, indicaros esta mañana los medios de combatirla, y señalaros los remedios que es menester aplicar á esta terrible enfermedad, por la que tantas almas incurren en la muerte eterna... Por fortuna estos remedios son en gran número ¹.

1. Citemos estos dos versos. *Lectio, flagra, preces, confessio, lympha, labores*. — *Portarum excubiæ, Christi præsentia, piena*. Las lecturas piadosas, la mortificación, la oración, la confesión, el ayuno, el trabajo, la guarda de los sentidos, la presencia de Dios, la memoria del infierno.

Mas yo me limitaré á señalaros tres solamente, por parecerme los mas eficaces y estar á la vez al alcance del menor de entre nosotros.

DIVISION. — *Primer* remedio pues: Rechazar los malos pensamientos; *segundo*: huir las ocasiones peligrosas; *tercero*: frecuentar los sacramentos.

Primera parte. — Sí, hermanos carísimos, el primer medio que propongo para poner á salvo nuestras almas contra el abominable vicio de la impureza, es el rechazar desde el principio y con energía esos pensamientos necios, livianos é indecentes que, á manera de moscones importunos, revolotean por nuestra imaginacion y tiznan su pureza. Una enfermedad, de que se hace caso desde el principio, se cura y ahuyenta fácilmente; mas si, por el contrario, dejais al mal que crezca y gane terreno, no pocas veces se hace imposible contenerlo y prevenir sus estragos. De esta manera hemos de tratar ese vicio funesto, es decir, rechazar pronto y sin pararnos á discurrir, cualquier pensamiento que clara ó solapadamente tienda á robarnos la pureza...

Algunas veces, ya lo sé, — y aquí me dirijo á las almas delicadas y timoratas, — no es siempre fácil disipar esos pensamientos importunos... Veinte veces ahuyentaréis la mosca enfadosa que viene á posarse sobre vuestra frente; pero ella insiste y vos insistís á la vez, y no permitiréis que llegue á picaros; al fin, ella se aleja, y salís victorioso de sus importunidades... Fatigoso es el combate, pero necesario... De la misma manera hemos de portarnos con esos pensamientos torpes é impertinentes que vienen á molestarlos. Continuemos la lucha sin desfallecer jamás... Estemos alerta; un consentimiento voluntario, un asenso reflejo á esos pensamientos viene á ser fácilmente una falta grave, un pecado mortal... El abismo está muy cercano, guardémonos de pasearnos por los bordes resbaladizos que lo circuyen, pues al fin nuestra caída sería infalible... Sobre todo, hermanos carísimos, es necesaria la perseverancia, sin desfallecer nunca en estos combates tan frecuentes de la carne contra el espíritu... Dios tiene miras llenas de misericordia, al permitirlos. Veo á S. Pablo, el apóstol glorioso de

las naciones; es sin duda un gran santo, no hay que decirlo... Convertido por el mismo Jesucristo, gasta sus días y sus noches, su salud, su talento y todas sus fuerzas en dilatar el reino del Evangelio. Le azotan, le encarcelan, los falsos hermanos le persiguen, los perseguidores le cargan de cadenas. Sin embargo, él no desmaya en medio de todas estas pruebas... ¡ Que actividad, qué celo, qué fortaleza! Por recompensar su abnegación, hé aquí que nuestro amorosísimo Salvador arrebató su alma hasta al tercer cielo, en donde le descubre la felicidad que le aguarda; y allí vé cosas que el ojo del hombre no puede ver, y saborea delicias incomprensibles para nuestros corazones... ¡ Cuán grande es vuestra dicha, oh santo Apóstol!... Si, vos sois un predestinado... vos debéis estar al abrigo de todas estas tentaciones que tanto nos atormentan!... De ningún modo; para que no me hinche el orgullo por tantas gracias recibidas, tengo á mi lado al ángel de Satanás que me atormenta... tengo que sostener las luchas de la carne contra el espíritu; tres veces he rogado al Señor que me librara de este trabajo; pero El me ha dicho: Te basta mi gracia...

Al hablaros, hermanos míos, del nono mandamiento de la Ley de Dios, volverémos sobre esta importante materia; pero no podía omitir el señalaros desde hoy, como remedio contra la impureza, el apartamiento de los malos pensamientos y la fidelidad en rechazarlos desde el momento que asoman en nuestro interior.

Segunda parte. — Vengamos ahora al segundo remedio que os he señalado como necesario para guardar nuestra alma del vicio impuro. Tal es la fuga de las ocasiones peligrosas; y esto es evidente. El Espíritu Santo nos enseña que el que ama el peligro, será víctima de su propia imprudencia. Supongamos que el cólera ó la peste hacen grandes estragos en un hospital, de modo que todos sus moradores estén contagiados; los que son prudentes, á no ser que un deber de conciencia les llame al rededor de los enfermos, se han alejado. Mas hé aquí que, á pesar de las órdenes terminantes de su padre y de las recomendaciones de una madre alarmada, un jóven ó una jóven, llevados de una curiosidad peli-

grosa ó por cualquier otro motivo, intentan visitar ese hospital lleno de peligro, de cuya visita sacan para sí el contagio y la muerte. Decidme, cristianos, ¿ no reprobaríais su imprudencia, y no diríais: Si ellos han muerto, ha sido por su culpa? Ellos debían obedecer al mandamiento de su padre y no menospreciar los avisos de su madre... Esta comparacion puede hacer os comprender cuanto importa la fuga de las ocasiones, y cuan indispensable es este remedio al que quiera preservarse del contagio del mal, conservar la salud de su alma y guardar puro el corazón... ¿ Será preciso repetirlo? Puede ser que sí; pero cuánto me cuesta, hermanos carísimos!... Con cuánta mayor satisfacción os hablo de esos estimables ángeles de pureza, prosternados cada Domingo al pié del altar de la Inmaculada Virgen María, que no de esas pobres muchachas que... me pesa el decirlo... van por la noche á otras partes, y con fines que ellas se saben!... Triste es decirlo; pero, por desgracia, es demasiado cierto; hay juntas, hay bailes, reuniones, diversiones, dadlas el nombre que queráis, que poco importa, en donde reina como dueña soberana la impureza. Los jóvenes no frecuentan jamás esos lugares peligrosos, sin grave detrimento de su alma, sin manifiesta ruina de todos los respetos debidos á la virtud; y bien claro lo muestran sus discursos habituales y su conducta... Y vosotras, doncellas, de imaginación tan viva, de corazón tan propenso á inflamarse, vosotras ¿ tendríais la pretension de asistir á esas juntas, de frecuentar esas compañías, de tomar parte en esos saraos y diversiones, sin perder la salud de vuestra alma y la pureza de vuestro corazón, ó sin salir contaminadas de malicia?... Ah; imposible; sí, imposible, tres veces imposible!... no tengáis la osadía de desmentirme!... Vuestro Padre celestial os intima huir del peligro, si no quereis perecer; Vuestra Madre del cielo, la Virgen purísima os enseña apartaros, con su ejemplo y con sus suaves inspiraciones; ella no os ha visto sin sobresalto, sin tristes presentimientos, al veros empeñadas en seguir no sé que consejos malsanos... ¿ Proceden éstos de vuestros propios padres? procederán de algunas compañeras perversas? No lo sé... Pero lo juro sobre vuestra pureza, oh Reina Inmaculada,

dulcisima Madre de Jesús, á la cual habían elegido ellas por madre y patrona el día de su primera comunión, vos no habeis visto, no, sin llorar sobre su suerte, á esas pobres doncellas frecuentando esas reuniones malditas y lanzarse, por decirlo así, á ojos cerrados á esas ocasiones tan peligrosas para su piedad, para su fé y su virtud...

Y en este punto, hermanos carísimos, no vengais con objeciones, ni con transacciones, ni atenuaciones de ninguna clase... Si yo fuese padre ó madre de familia, no admitiría dispensa alguna en este caso... y menos para una hija, aunque se tratara de una boda... Ah! tal vez me hallais demasiado severo; mas ya no dudo que pensais como yo y que vuestras exigencias son por lo menos iguales á las mías; vais á comprenderlo. Supongamos que los deberes de familia me obligan á mantener y educar en mi casa rectoral á una ó dos sobrinas. ¿Qué diríais vosotros de ellas y qué pensaríais de mí, si las vieseis aun despues de un festin de boda, abrir el baile y entregarse durante la velada entera al sarao? Ya no aguardo vuestra respuesta... Lo que pensaríais, padres y madres, en circunstancia semejante, pensadlo de vosotros mismos, y sed respecto de vosotros igualmente severos que lo fuerais con respecto á mí en el caso que he supuesto. Sí, vosotros tendríais razon, y mil veces razon. Ya podeis comprender, pues, cuan necesario es á vosotros, á vuestros hijos y á todos, si queremos guardar puro nuestro corazon, el huir con cuidado de las ocasiones peligrosas.

Tercera parte. — No puedo alargarme, hermanos carísimos y voy á abreviar, aunque cada uno de los remedios que indico contra la impureza, necesitara de por sí una instruccion especial... A ciertos enfermos lánguidos suelen aconsejar los médicos hábiles el cambio de aires, el dejar su propio país y el ir á respirar bajo una atmósfera mas quieta y sana; y no hay duda que con tal remedio recobran á menudo muchos enfermos la salud... Así tambien á ciertas almas tibias é indecisas podríamos decirles: Si quereis recobrar la paz y triunfar de vuestra flaqueza, abandonad con decisión esos malos tratos, romped para siempre con esas compañías peligrosas... Mas pasemos ya á señalar otro remedio contra esa terrible enfermedad de la impureza... Tal vez sea éste el mas eficaz,

con tal de que el alma enferma lo reciba con las disposiciones convenientes...

Dicho remedio consiste en la recepcion frecuente de los sacramentos de Penitencia y Eucaristía..; Penitencia y Eucaristía!... maravillosas efusiones del amor divino! expansiones sublimes de la caridad de Jesucristo!... Estos dos sacramentos salieron del corazon de nuestro adorable Salvador traspasado sobre el Calvario. El agua y la sangre brotaron bajo los golpes de la lanza; el agua era la misericordia, la Penitencia; y la sangre era el amor, la adorable Eucaristía. Ah! mientras estos inefables sacramentos sean administrados en la santa Iglesia católica, no habrá motivo para desesperar de la suerte de ningun pecador... El peor, el mas vil, el mas infame de los pecadores blasfemaría de la bondad de Dios, si llegase á desmayar y desconfiar... Ven, María Magdalena, aunque seas pecadora escandalosa, ven á confesarte á los piés del buen Jesús, y él te perdonará, te sonreirá, y tu llegarás á ser la amiga íntima de su castísima Madre... Y vos, glorioso S. Agustin, rendios á las inspiraciones de la gracia, á las lágrimas de vuestra madre, corred á arrodillaros á los piés de S. Ambrosio, y vuestra alma recobrará la paz, y en vuestro corazon, en donde reinaban las viles pasiones, asentará su trono la dulce y consoladora castidad...

Tales son, carísimos hermanos, los frutos producidos por la recepcion frecuente de los sacramentos de Penitencia y Eucaristía... Ellos purifican, ellos hacen santas y gratas á los ojos de Dios á las almas que desde largo tiempo se revolcaban en el fango...; ¡A cuántos santos y santas del Paraíso podríamos decir: « Pobres corazones, heridos por el espíritu impuro; vuestras llagas eran dolorosas, vivas, sangrientas; vosotros arrastrabais una vida amargada por los remordimientos y oscurecida por la vergüenza... Pero os confesasteis, y el bálsamo divino corrió por sobre vuestras llagas. ¡Qué dulce fué la paz que sucedió á vuestros tormentos!... Vosotros os sentisteis fuertes y resueltos para nuevos combates, pues hoy día sois contados entre el número de los santos!... » Así pues, almas que gemís, como gemian estos ilustres penitentes, no desesperéis; por el contrario, apresuraos á recurrir, como ellos, á

los sacramentos, y en vosotros como en ellos será vencido Satanás...

PERORACION. — Si la Penitencia y Eucaristía han podido resucitar á tantas almas muertas por la impureza, fácil os será comprender cuanta debe ser la eficacia de estos sacramentos para preservar de esa muerte á las almas inocentes y que solo son atormentadas por tentaciones á las que resisten victoriosamente. ¿No lo habeis experimentado asi vosotras, jovenes doncellas, de mirada todavia limpia, de labios candorosos, de maneras puras, de aire modesto? Si, á pesar del hervor de una edad en que bullen ya las pasiones, si, á pesar de los lazos que han podido tenderos y de los peligros que os han salido al encuentro, podeis llevar alta la frente; si nadie tiene derecho de haceros sonrojar pasando á vuestro lado, ¿no debeis estas ventajas á la frecuente recepcion de los santos sacramentos?... En el tribunal de la Penitencia Jesucristo por boca de su ministro os ha esforzado y dado consejos saludables y oportunos. Despues en la sagrada Comunion el mismo Salvador os ha hecho entender la sabiduria de dichos consejos y os ha conferido la gracia de seguirlos... Animo, pues!... Jesús, el rey de las almas castas, está siempre ahí para sosteneros... Un día dió permiso á Satanás para tentar á santa Verónica de Juliani... Pensamientos feos, representaciones horribles atormentaban la santa, que las resistía con invicta fortaleza; y el espíritu impuro redoblaba sus esfuerzos, á fin de turbar y manchar su imaginacion. Animada la santa por el Salvador, contestó una noche al espíritu maligno: « No te temo, y á pesar de tus esfuerzos mañana me acercaré tambien á la mesa angelica... » Y Satanás se alejó corrido de los lados de esa amante y casta esposa de Jesús... Así debemos portarnos tambien nosotros. Cuanta mayor sea la frecuencia, con que nos acerquemos á los santos sacramentos, mas se fortalecerá en nuestras almas la virtud de la santa pureza, aumentándose por otra parte nuestros derechos á aquella inmortal recompensa, prometida por Dios á los limpios de corazon... Así sea...

1. Véase la vida de esta santa por el cardenal Wiseman. Demostracion Evangélica tomo, XVI.

INSTRUCCION CUADRAGÉSIMA TERCIA.

PRIMERA INSTRUCCION.

PRIMERA INSTRUCCION.

EL HURTO ES UN PECADO; ES UN PECADO MAS COMUN DE LA QUE SE CREE ORDINARIAMENTE.

TEXTO. — *Non furtum facies.* No hurtarás.

(EXOD. XX, 15).

EXORDIO. — Paréceme, hermanos míos, que el mandamiento que vengo á explicaros, debería ser bien entendido y observado por todo el mundo. En efecto, el tal mandamiento es el menos discutido y constituye la base de la justicia entre los hombres... Algunos hacen alarde y se jactan de ciertas faltas; y es porque éstas han perdido, en cierto modo, su fealdad natural, á causa de haberse diminuido la fé y de haberse enervado las conciencias... Que yo diga, por ejemplo, á alguno de vosotros: Esta mañana no habeis hecho vuestra oracion; el Domingo último no os ví á Misa. — Él se sonreirá y me dará excusas mas ó menos justas. No siempre puede hacer uno lo que quiere, dirá él, no hago esas faltas por costumbre... á veces es tanto el trabajo!... y mil otras razones mas ó menos valederas... y al fin no se dará por ofendido... Pero que le diga yo: Dicen que habeis robado algunos céntimos ó una peseta á vuestro vecino; y veréis como se sulfura y hace mil protestas de que nos es verdad, mirándome despues largo tiempo con malos ojos...

No obstante, hermanos carisimos, si robar algunos céntimos al prójimo es un mal, robar á Dios Nuestro Señor el día que Él se ha reservado, profanándolo con el trabajo; robar el honor de la hija ó de la esposa de su prójimo, son males mucho peres... Si, lo repito, en el mundo muchas veces se hace chacota á propósito de